



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO.

ACTRICES CÓMICAS
JUANA PASTOR.



Muy hermosa, muy barbiana,
nadie en el mundo la gana
cantando *couplets* ligeros.
¡Hay que verla, caballeros,
y morirse por la Juana!

Lit. Devanillo, 14. Madrid.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Eduardo de Palacio.—El testamento de Antón, por Vital Aza.—A Sinesio Delgado y al Dr. Fausto, por José Estremera.—La vida póstica, por Luis Taboada.—Consulta, por E. Navarro Gonzalvo.—Cosas de jóvenes, por Sinesio Delgado.—Tetaán, por Miguel Casañ.—Memorial á Santiago, por José Jackson Veyán.—Co-razón ausente, por Carlos Osorio y Gallardo.—Chismes y cuentos.—Soirée.—Anuncios.

GRABADOS: Juana Pastor.—Amantes célebres, por Cilla.



Se nota en Madrid la falta de algunas personas y de algunos personajes.

Si no se detiene la emigración, antes de ocho días no habrá en esta capital número suficiente de braceros para edificar piecitas cómicas ó líricas con destino á los teatros de verano, ni personal suficiente de aficionados para torrear á los novillos, cada domingo y fiesta de guardar, ó de rodar.

La falta de figuras priva de interés á la obra que diariamente representamos los inquilinos de Madrid.

Hay novedades, pero pocas.

El viaje del Sr. Sagasta á *Les os bones*, según escribe uno de los amigos y constitucionales del presidente del Consejo de Ministros; la presentación de los tres hermanos Renads en el Circo de Price, y el anuncio de la próxima llegada á Madrid de la hermosa y consecuente Miss, tan aplaudida en otra época, Leona Daré.

De *eso* referente á *ese*, nada nuevo se sabe; que mueren en el Cairo todos los días doscientos y tantos cairolis, y nada más.

Lamentamos la desgracia de aquellos infelices que viven (y mueren) entre cólera é ingleses.

Pero damos gracias á Dios porque en España no nos afligen más que los ingleses.

Y motivos para el desarrollo del cólera individual y autónomo, no nos faltan.

Los españoles vivimos haciendo cólera continuamente.

Gracias á la frivolidad de nuestro carácter, se nos ahonda con frecuencia la causa del enojo, y procuramos divertirnos á costa de cualquiera.

Pueblos alegres habrá en el mundo, pero el de Madrid es de los más alegres.

Como que en esta capital se reúnen las representaciones ó los representantes de todas las provincias de España y potencias correlativas.

Y que nuestro país vive en perpetua alegría no hay historiador que lo niegue.

Cuando no hay guerra civil nos parece que nos falta algo.

Si preguntamos á la inmensa mayoría de los españoles, uno á uno:

—¿Usted quiere que caiga el Ministerio?

De seguro responden todos y cada cual:

—Sí, señor.

Con lo menos que se contentan es con una remonta de Gabinete; con que salgan tres ó cuatro Ministros.

Como esta regla puede aplicarse á todas las situaciones políticas y á todos los Ministerios, resulta que lo que nos agrada es la juega gubernamental.

Respetemos á los que desean estas mudanzas en beneficio de la patria, según ellos creen.

Hay gustos muy raros.

Si fuera posible anunciar al público en los carteles para una corrida de toros:

«Habrá dos ó tres cogidas, pero gordas.»

La plaza de toros sería insuficiente para contener á los millares de personas que acudirían á presenciar las catástrofes.

Somos muy divertidos.

Un amigo mío á quien quiero mucho y que es persona muy recomendable por sus condiciones, no falta jamás á los espectáculos que ofrecen los domadores de fieras en Madrid.

Cuando Cardono actuaba con el cuadro dramático de leones, panteras y coro de ambos sexos en el Circo de Price, mi amigo concurría todas las noches al Circo.

¿Por qué?—dirán VV.

—No quiero faltar—me decía—no haga el diablo que se le cenén los leones en la noche en que yo falte.

En prueba de que somos alegres, repasen VV. los datos estadísticos referentes á la cultura general y encontrarán un número respetable de personas que no saben leer ni escribir.

En una de esas estadísticas ó censo de población he visto la diversidad de sectas religiosas que existen en España, donde yo no creí que hubiera más que católicos, algunos *sobrestantes*, y *varios* indiferentes.

Con verdadero asombro leí que el número de budistas ascendía á algunos miles.

Primeramente supuse que habría una equivocación en las calificaciones ó clasificaciones.

Donde dice «budistas» querrá significar: «cocineros» (de *Phum buding* ó de Puding ó de *Boudin*, por corrupción.)

Después me expliqué lo de los miles de budistas, por nuestro carácter jovial.

Hay vecino que llena las casillas del padrón escribiendo disparates.

Así resultan hijos de mayor edad que su padre, de lo cual procede que el Municipio llame algunas veces al sorteo de mozos para el reemplazo del ejército á la cocinera ó al abuelo de la casa.

Aquí todo es broma.

Casos de longevidad extraordinaria nos comunica la prensa periódica extranjera.

En cambio nosotros podemos participarles casos de virilidad y pasiones fósiles.

Apenas trascurre un mes sin que se anuncie una boda de dos personas octogenarias.

Todavía nos quedan últimos veteranos de Trafalgar para veinte ó treinta trimestres.

No abrigamos la esperanza de poder escribir:

«Por fin ha fallecido el último veterano de Trafalgar.»

Y á propósito de esto:

No sé si VV. habrán visto á las bailarinas que ha recibido Paco Arderfús para el consumo del *Excelsior*.

En opinión de otro académico, y en la mía, esas muchachas han de producir una insurrección artística en los buenos círculos.

Ya he oído que varios jóvenes y algunos característicos distinguidos están resueltos á dedicarse al baile.

EDUARDO DE PALACIO

EL TESTAMENTO DE ANTÓN

(HISTÓRICO.)

Cerca de Luzo vivía, en su casa solariega, el ricacho Antón Noriega, modelo de tontería.

Necio desde la niñez é ignorante por demás, no abrió la boca jamás sin decir una sandez.

Solterón, de ajuernia noble, y sin ocuparse en nada, llegó á edad muy avanzada con una salud de robie.

Mas la salud se acabó, y un día ¡día fatal! se sintió el pobre muy mal y en la cama se quedó.

Fué el médico á visitarle, y era tal la calentura, que dijo:—¡Que venga el cura! ¡Es preciso confesarle!

—¿Pero es posible, doctor,

que se muera?—preguntaban los dos criados que estaban al cuidado del señor.

—¡Corre gran riesgo su vida! Andad sin perder momento, y si no hizo testamento ya puede hacerlo en seguida.

.....
Llegó el señor cura al punto, confesó al pobre paciente, y después juzgó prudente hablarle del otro asunto.

—Hijo mío, aquí *inter mor*, teniendo en cuenta su estado, ya que usted se ha confesado y se ha puesto bien con Dios,

le haré algunas reflexiones. Usted es rico y no tiene herederos, y conviene tomar sus disposiciones...

No es esto decir que usé

CÉLEBRES AMANTES



1.—Hero y Leandro.—2.—Romeo y Julieta.—3.—Los de Teruel.—4.—Fausto y Margarita.—5.—Otelu y Desdémona.—6.—Hamlet y Ofelia.—7.—El Trovador.—8.—Pablo y Virginia.—9.—Abelardo y Eloísa.—10.—D. Quijote y Dulcinea

Lit. Desengaña 14. Madrid.

—¡Déjame, animal! Acabas de robarme un concepto...
Anda, ponte unos paños de vinagre.
Y D.^a Paca lee para sí la siguiente tiernísima composición:

EL NIÑO HERIDO.

La sangre bañando su pálido rostro,
mis brazos sirviendo de lecho al dolor.
¿Qué madre no siente caer en el alma
las gotas del hijo de su corazón?
¿Qué tienes, bien mío?... enjuga tu llanto.»

El niño, en el comedor.—¡Beee!... ¡Beee!

D.^a Paca, escribiendo.—¿Por qué viertes perlas?...»

No... «¿Por qué de tus ojos se nubla el calor? (tachando.)»

No... «¿Por qué con mis besos no te hallas mejor?»

El niño.—¡Beee!

En la oficina.

—¿Cómo va, señor de Merlucilla?

—Vamos tirando.

—¿Y la señora?

—Pues, escribiendo...

LUIS TABOADA.

CONSULTA

(D. SENÉN Y D. CESAR.)

CÉS. (*En la puerta.*)
¿Da usted su permiso?
¡Servidor de usted! (*Entray se sienta.*)

SEN. (*Asombrado.*)
Beso á usted la mano...
¿Pero usted quien es?

CÉS. Lo diré en seguida.

SEN. Me parece bien

CÉS. (*Levantándose.*)
Tome esta tarjeta.

SEN. ¿Quién será 'este pez?
(*Levando.*) «Don César Ardilla Girón y Doncel, profesor de esgrima»

CÉS. (*Molinándose.*)
¡Servidor de usted!

SEN. Yo no esgrimo nada,
ni quiero aprender,
ni atino el objeto...

CÉS. (*Interrumpiéndole.*)
Yo se lo diré.
Mi padre, don Judas Ardilla y Doncel, fué un bravo soldado, llegó á brigadier, murió en las trincheras matando...

SEN. ¡Muy bien!

CÉS. Mi mamá, señora de alcurnia y de prez, quedó inconsolable como es de creer. Mi tío don Marcos, un hombre de bien, con tierno cariño cuidó mi niñez, me dió una carrera, que yo no tomé, y murió hace un año de un golpe en la sien

SEN. ¿Y á mí, señor mío, qué me cuenta usted?

CÉS. Yo fui su heredero, yo tuve el placer de cerrar sus ojos con tierno interés. Marché luego á Italia, y en el clima aquel me puse robusto en menos de un mes: cosa incomprensible, pues le advertí á usted que yo he sido flaco, y un año, en Jerez, Domingo de Pascua recuerdo que fue, llevábame el viento con tal rapidez por una planicie, que ni un tren exprés.

SEN. ¿Y á mí, señor mío, qué me cuenta usted?...
CÉS. Adoro á una niña de pálida tez, de labios de rosa, de boca de miel, su talla es un junco y es breve su pie, su mano es divina, sus ojos también, modista, modesta, modelo que fué de un artista loco que está en Leganés, dicen que por ella, pero vaya usted á saber las causas que allí puede haber.

SEN. ¿Y á mí, voto á Cribsas, qué me cuenta usted?

CÉS. Refinamos anoche de un modo cruel, y vengo á contarle en un santiamén por qué hemos tronado y el cuándo, y por quién, y el cómo, y el...

SEN. ¡Basta! No quiero saber ni el cuándo, ni el cómo.

CÉS. Señor...

SEN. ¡Ni el porqué!

CÉS. ¡Tenga usted paciencia!

SEN. ¿Qué desfachatez!

CÉS. ¿Á mí qué me importa?

CÉS. Me han dicho anteaayer que usted es abogado, y que habla muy bien...

SEN. ¡Hombre yo no hablo delante de usted, ni soy abogado!

CÉS. ¿Que no?... Don Andrés del Pino y del Monte, San Juan, veinte y seis segundo...

SEN. ¡Segundo!

CÉS. Mas como este es principal...

CÉS. ¡Demonio!

SEN. Si no puede ser...

SEN. ¡Es que hay entresuelo! yo soy don Senén Martínez y López Cirujano...

CÉS. ¿Eh?...

SEN. Soy especialista en partos también; si le hace á usted falta mi ciencia, yo haré cuanto pueda...

CÉS. Gracias.

no, no es menester...
ahur, y dispense...
veré á don Andrés...

Tengo tanto gusto... (*Buscando la puerta.*)
SEN. (*Saludando.*) ¡Servidor de usted!
E. NAVARRO GONZALEVO.

COSAS DE JÓVENES (I)

Voy á hablar de otra visita, con el permiso de ustedes. Pero no es á doña Rita, hoy es á doña Mercedes, la cual es una persona digna de ser visitada, pues aunque un poco jamona, está muy bien conservada. En fin, por no hacer prolija esta inútil digresión, diré que tiene una hija que ha de llamar la atención.

A estas fechas tendrá Rosa veinte años próximamente, y es muy linda y muy graciosa, mejorando lo presente.

Además, la educación ha completado en París, y tiene más de un millón, que no es un grano de anís.

Decir, pues, no necesito, porque se supone ya, que la niña es el ojo derecho de su mamá.

Fuíme allá con aire y facha de conquista, ¡no que no! Entré, salió la muchacha y atentó me saludó con galante cortesía y en francés correcto y puro. (Digo yo que lo sería, pero no estoy muy seguro.)

—Señorita—dije, viendo que la cosa iba al revés,— confieso que no comprendo ni una jota del francés.

—¡Ah! pues yo soy de ese idioma decidida apasionada.

—Y con mucha razón. ¡Toma, si el nuestro no vale nada!

—¿Por qué no hace usted un viaje á Francia?

—Si, cualquier día... —Porque aquél es el lenguaje de los hombres de valía; y usted tendrá, Dios mediante, al cabo de un año ó dos una posición brillante.

—(¡Si! ¡Buena te la dé Dios!)
—Ya sé que es usted modesto, simpático...

—¡Por favor!
(Pero, ¡Dios mío! ¿qué es esto?)
—Simpático, sí, señor.

Y creí que era usted feo (tal me le habían pintado), pero ahora que le veo, ya sé que me han engañado.

—¡Señorita!

—¡Nada, nada; no hay que hacerse el pequeñito! (Y me lanzó una mirada capaz de dejarme frito.)

—Pero es usted indiferente en las cosas del amor, y eso, hablando ingenuamente, le hace á usted poco favor.

—¿Cómo puede usted vivir? ¡Jesús! ¡tan soso! ¡tan triste!...

¡Cuántas quisieran rendir esa alma que se resiste!
(Y vuelta á darme sonrojos con su mirar descarado, y á hacerme bajar los ojos poniéndome colorado.)

Y entre el difícil trasteo y el manejo de la red, yo hacía un papel muy feo pegadito á la pared.

Voy á escapar... ¡que si quieres!... Vuelta abajo, vuelta arriba... ¡Me fastidian las mujeres que toman la iniciativa!

Si en la entrevista primera se ponen los pantalones y echan el resto... ¡cualquiera se mete en declaraciones!

Serán guapas, serán ricas, pero así ¿quién se enamora? ¡Caracoles con las chicas que nos han salido ahora!

Nada; á vivir me resuelvo quieto entre cuatro paredes. Por de pronto, ya no vuelvo á ver á doña Mercedes.

SINESIO DELGADO.

TETUÁN

Casi todos los lectores de este articulo creerán encontrarse con una descripción más ó menos pintoresca de la ciudad marroquí, con sus casas blancas como la nieve, sus callejones estrechos y sucios, sus alrededores fangosos y accidentados, sus azoteas cuajadas de moras encubiertas con sus sábanas... ¿No es verdad? Y al final de esa descripción una relación detallada y extensa de la batalla del 4 de febrero, y exclamaciones patrióticas, arranques de orgullo nacional, ráfagas de legítimo entusiasmo producido por el recuerdo de uno de nuestros timbres de gloria... Pues no hay nada de eso.

Corría el mes de octubre de 1860.

El circo taurino de Zaragoza, cuajado de banderolas, gallardetes y colgaduras, lo iba ocupando abigarrada y alegre muchedumbre.

Gritos por allí, canciones picarescas por acá; muchas meriendas, no pocas naranjas y vino abundante; una expansión sin límite, impaciencia febril, estruendo infernal; un público, en fin, de buen humor, como lo es siempre el que asiste á las corridas de toros, aunque sea en época de peste, de miseria ó de luto nacional.

(1) Véase la composición *Cosas de niños*, publicada en el núm. 22.

¡Conque calculad cómo estaría aquella multitud española después de las recientes victorias obtenidas en África, y en memoria de las que se hacían aquellos festejos!

Aquella avalancha humana se desbordaba por las puertas, cayendo, como enjambres de mosquitos zumbones, sobre las localidades altas y bajas; y poco á poco se iba apretando, estrujando en los tendidos.

Verdad es que la fiesta iba á ser magnífica, y bien merecía alguna incomodidad la dicha de presenciar el espectáculo. ¡Como que mataban Cúchares y el Tato, y entraban de tanda Pinto, el Coriano y los dos Calderones, y probablemente ocuparía la presidencia D.^a Isabel de Borbón, que se hallaba en la ciudad! Y las víctimas propiciatorias pertenecían á la acreditada ganadería de Carriquiri.

¿Se quieren más alicientes?

La fiesta empezó y fué como todas; suertes de pica, tumbos de los jinetes, caballos destripados, pares al sesgo, pagos de muleta de todas clases y estocadas de todas categorías; nada nuevo, hasta que pisó la arena *Tetuán*, hermoso toro, héroe de la tarde, que habrá de figurar con más motivo en los fastos del toreo.

El animal empezó con brío la obligada campaña contra la gente de á caballo y tomó una y otra y otras varas, siempre creciéndose ante el hierro y no huyendo jamás el bulto. El pueblo se entusiasmaba cada vez más; y el toro, bramando como quien desafia á todos, tomó ¡hecho inaudito! nada menos que *veintinueve* varas, é hizo pasar á mejor vida á *diez y siete* pencos.

Tocó la suerte de banderillas, y aquella noble fiera, á la que los piqueros habían abierto un boquete en el morrillo más grande que el que produce una bomba al caer en un tejado, tomó con valor los tres pares de reglamento, y á seguida sonó el clarín para anunciar que era llegada la hora de la muerte. Entonces el público, en un noble arranque de generosidad, é imitando al pueblo romano que acudía á presenciar el combate entre los gladiadores, se puso de pie sobre los asientos, y pidió á una voz que perdonasen la vida á aquel valiente.

La presidencia accedió á la petición, y absolviendo al reo, dispuso que fuera retirado al corral, como así se efectuó, no sin que muchos viesan llorar como un niño al anciano pastor.

El mayoral, que se llamaba Domingo, tenía un sobrinito de diez años de edad, cuyo nombre siento no recordar, porque también se lo diría á mis lectores.

El muchacho fué el encargado de curar á la fiera, y de tal manera supo cumplir con su cometido, que á los pocos días se había establecido entre el enfermo y el practicante tal simpatía, que sólo tiene comparación con el bandido aquel, inseparable compañero y amigo del león del desierto.

A una seña del niño acudía la res, doblaba las rodillas ante su protector, y mientras éste le curaba las heridas, le demostraba su agradecimiento lamiéndole las manos, el pecho y algunas veces la cara.

Aquel toro fiero é indomable que defendía su vida con tal coraje contra tantos hombres fuertes y astutos, y luego, humillado y dócil delante de un niño, ¿no es un ejemplo que debieran imitar todos esos héroes de reserva, que se crecen ante los pequeños y se humillan ante los grandes?

Consigno gustoso en estas líneas el nombre del protagonista de tan sublime rasgo de agradecimiento, aunque el tal protagonista sea un sér irracional, y agradézcanme los datos que acerca de él he tenido el honor de poner en conocimiento de VV., porque de lo contrario, les suelto á *Tetuán*.

Pero no teman VV., porque el animalito, á causa de sus muchas heridas, murió á los tres meses de haber probado su gran valor.

MIGUEL CASAÑ.

CORAZÓN AUSENTE

Encarnación, mi pasión
Es por usted infinita;
¡Caracoles, qué bonita
Es usted, Encarnación!
Aunque parezca importuno
Que la pida explicaciones,
¿Tiene usted dos corazones?
¡Que yo no tengo ninguno!
Y si es así que el dios niño
Obró por mí tal merced,
Al mío, suplico á usted
Que le traie con cariño.
Por usted, Encarnación,
Siempre de pie, siempre en vela
Me encuentro de centinela
Dehajo de su balcón.
Y por usted inclemente
Sufro, cuando llueve, el agua,
Y el sol y el viento ¡y la fragua
Que hay en la casa de enfrente!...
Mas ¡ay! vana es mi porfía,
Pues colmando su desdén
Un día toma usted el tren
Y se va á Fuenterrabía...
Dejando á mil infelices,
Entre los cuales voy yo.

Con uno... con cuatro... no
Con diez palmas de narices.
Yo sigo aquí por mi daño
Repetiendo sin cesar:
¿Quién pudiera permular
Con sus sábanas de baño...
¿No es en mí desgracia fuerte,
Que con el alma transida
Pido á usted me dé la vida,
Y sólo me dé la muerte?...
Y mi ilusión se marchita
Cuando pienso en mi deseo
Al mirarme yo, tan feo,
Y al ver á usted tan bonita.
Mas si es sorda á mi pasión,
Si nada logra mi queja,
Y así olvidado me deja,
Devuélvame el corazón,
Pues mi juventud se exalta
Con tanta muchacha hermosa,
Y el corazón siempre es cosa
Que hace muchísima falta.
Oiga mi ruego sencillo,
Pues con gran razón arguyo
Que usted también tiene el suyo...
Duro como un marmolillo.

CARLOS OSSORIO Y GALLARDI.



Unos alabarderos
de Villalba á la Granja en el camino
se portaron como unos *caballeros*
(caballeros montados en pollinos).
Sacaron á la fuerza los bagajes,
causando las protestas saguientes,
y llevaron allí los equipajes.
¡Que les den una cruz á esos valientes!

En vista del buen éxito obtenido en la temporada anterior, se ha repetido la escena de los palos en los Jardines del Buen Retiro.

Esta vez se administraron por equivocación.
Y el agresor dijo al soltar el garrotazo:
—V. dispense.
Eso sí, la cortesía ante todo.

El domingo 5 del actual se verificará en el teatro de Capellanes el beneficio del actor de aquel teatro Sr. Barquín de la Torre.

Se pondrá en escena el juguete cómico-lírico *P y B*, se estrenará otro titulado *Más listo que Cardona*, y terminará la función con el pasillo de nuestro colaborador López Silva *La calle de Toledo*.

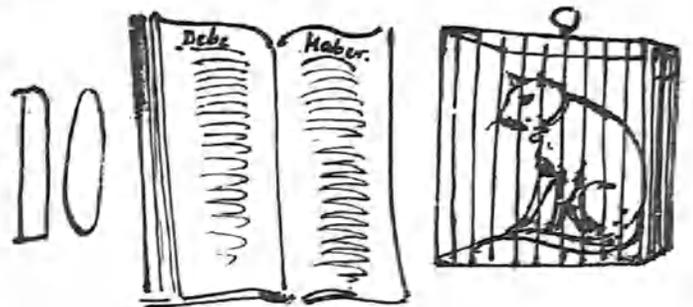
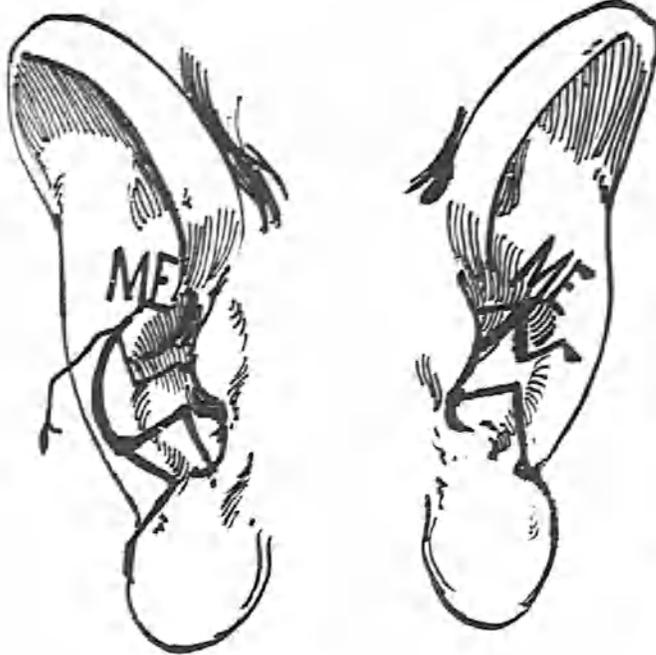
Total: lleno completo. De seguro.

Una alegría inmensa
me ha causado el indulto de la prensa.

SOLUCIONES Á LOS JEROSLIFICOS DEL NÚMERO ANTERIOR.

I.
Nadar y guardar la ropa.

II.
En coloquios con Matias
pasa Trinidad los días.



ANUNCIOS

MADRID COMICO

PERIÓDICO LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos

CONTIENE ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS MEJORES LITERATOS
y viñetas y caricaturas debidas al lápiz de GILLA

Redacción y Administración: CERVANTES, 2, Segundo.—Madrid.

DESPACHO TODOS LOS DÍAS DE DIEZ A DOS

Precios de suscripción

MADRID	Ptas. Cs.	PROVINCIAS	Ptas. Cs.
Trimestre.....	2,50	Semestre.....	4,50
Semestre.....	4,50	Año.....	8
Año.....	8	EXTRANJERO Y ULTRAMAR	
		Año.....	15

PRECIOS DE VENTA

	Ptas. Cs.
Un número.....	15
Idem id. atrasado.....	50
Veinticinco números.....	2,50
Doce idem.....	1,25

Las suscripciones empiezan el día 1.º de cada mes y en provincias no se admiten por menos de seis meses.

No se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

Los señores suscritores de provincias pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo; en este último caso certificando la carta.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

COMPANIA COLONIAL

FUNDADORA EN ESPAÑA DE LA FABRICACIÓN DE CHOCOLATES Á VAPOR

Proveedora efectiva de la Real Casa

22 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

ÚNICA CASA EN SU RAMO

PREMIADA
EN LA EXPOSICION UNIVERSAL DE PARÍS

CON DOS MEDALLAS

CHOCOLATES
GRAN MEDALLA DE ORO
SOPAS COLONIALES

MEDALLA DE BRONCE

ACREDITADOS CAFÉS

LOS ÚNICOS PREMIADOS

EN LAS GRANDES EXPOSICIONES DE VIENA Y FILADELPHIA

GRAN SURTIDO DE TÉS SELECTOS

PASTILLAS NAPOLITANAS Y BOMBONES DE CHOCOLATE
DULCES Y CAJAS FINAS DE PARÍS

Depósito general..... Calle Mayor, 18 y 20
Sucursal..... Montera, 8

MADRID

BIBLIOTECA DE ARTE Y LETRAS

Esta Biblioteca, que ha dado á luz en magníficos tomos lujosamente encuadernados las obras de los mejores autores antiguos y modernos, nacionales y extranjeros, reparte mensualmente un tomo, un fotograbado copia de un cuadro de mérito y un número del periódico *Arte y Letras*, redactado por nuestros más distinguidos escritores.

Precio de suscripción: Un mes, cuatro pesetas.

Agotadas la mayor parte de las obras, se ha hecho segunda edición, pudiéndose servir á los suscritores todo lo publicado.

Para suscripciones y reclamaciones

Miguel Sabaté.—Mayor, 15, 3.º